

contacto. El hombre que no tiene independencia económica lograda o mantenida por su esfuerzo, no puede sostener las prerrogativas de la finura y la delicadeza, y viene resultando un cascarón vacío.

La verdadera, la genuina cultura de los pueblos, no la forman los señoritos, ni los escritoruelos, no los poetastros, ni aun los sabios: la forman los hombres que, después de haber hecho una fortuna o haberse asegurado una posición con el trabajo, luchando varonilmente, pueden rodearse de libros, dilatar sus lecturas, tener amistad con personas de experiencia, de saber o de brillo, viajar y ocupar puestos sociales importantes, o que se hacen importantes, aunque sean modestas, cuando hay en ellos *un hombre*. La fuerza y la grandeza de un pueblo está, pues,

en tener hombres verdaderos: eso que la joven de la anécdota desea encontrar bajo el traje del mecánico.

Ya pueden, pues, los mocitos elegantes y pintiparados de Centro América, ir desposándose con la tierra, que es la más rica y la más fragante de las novias, y, al propio tiempo, la única que da blasones puros, de aristocracia, de libertad, en esta dura época. Y, por si esto no les fuere suficiente, no echen en olvido que, después de todo, tierra son... Y la peor forma terrena: la que, siendo lúgubre y sujeta a la podredumbre, no ilumina siquiera por un talento claro y una energía viril.

PORFIRIO BARBA-JACOB

(*El Intercambio*, Guatemala).

pieza, ponía en mis oídos una sensación vaga, semejante a la que me producía la luz de la lamparilla de aceite en mis ojos.

Me disimulé en un rincón y el misterio que asomaba a través de la absoluta quietud de mi amigo me llenó de congoja.

La voz de una de las piadosas señoras que velaban en torno del difunto, no pudo mantener el tono bajo, y vino a hacerme en el espíritu una especie de cosquillas que me produjeron risa, y la congoja se fué esfumando. La señora decía:—Encuentro que Luciano ha sido muy ingrato al matarse... Ya ven, dejar una viuda con tres criaturas y en la edad en que más necesitan del padre. ¿Qué puede haber sido? Mi marido, que era su abogado, dice que sus bienes estaban bien. Lupe queda rica. ¡Y con una mujer tan honrada, tan señora de su casa!...

—¡Oh!...

¿Honrada? Sí, sí. Jamás sobre el nombre de Luciano se posó la sombra de una sospecha del tamaño de una suciedad de mosca, que Guadalupe su mujer — o Lupita, como la llamó de novio y recién casado, o Lupe, como le decían todos sus conocidos, era hembra incapaz del menor desliz. Nunca las mujeres de su familia fueron de carne débil y los hombres que se maridaban con ellas podían ostentar hasta la muerte una frente libre del más ligero aditamento.

Pero era más lógico para mi egoísmo que el pobre hombre hubiese muerto víctima de la liviandad de su mujer, que no de aquella especie de virtud que todas las señoras hacendosas y los maridos de damas *dejadas*, le loaban.

Porque indudablemente *aquello* era lo que lo había llevado a su neurastenia y por último, al suicidio

¡Dios todo poderoso, y cuántas locuras diferentes se incuban entre tu omnipotencia!

* *

Lupe entró y se sentó cerca de la cama. A ratos sollozaba, a ratos se quedaba silencio-a o respondía prolija a las observaciones de sus amigas y la palabra «ingrato» salía a cada momento de sus labios.

El recuerdo de todo lo que conocía de esa vida terminada que tenía ante mí, lo fuí repasando en la memoria:

La niñez: Luciano es un chiquillo encantador a quien todas las mujeres besan con placer. Todavía en un viejo mueble de mi casa anda una fotografía suya, vestido de marinero en un bote, remando, con la rizada cabellera de oro cayéndole sobre los hombros.

Es un pasaje de la adolescencia. Se celebraba ese día en el patio del colegio un concurso de juegos de agilidad y fuerza. Luciano ganó todas las me-

(Pasa a la página 222).

¡El pobre Luciano!

(De *Las Fantasías de Juan Silvestre*).

MI vieja ama entró esta mañana toda compungida a darme la noticia, pero al oírme exclamar con un suspiro de alivio: «¡Doy gracias a los dioses!», se quedó contemplándome extrañada y luego salió en silencio moviendo la cabeza con ademán de reproche.

Cierto es que se trataba de mi amigo de la infancia, Luciano Montenegro. También es cierto que la noticia era bien inesperada. Nunca lo creí capaz de una resolución tan definitiva.

El día anterior lo había columbrado, descansando en el banco de un parque, y ahora recordaba con tristeza el supremo aburrimiento que emanaba de la figura toda, sentada con el tronco inclinado hacia adelante, una mano desmayada en la rodilla. Lo evité porque temía sus eternas quejas, siempre sobre el mismo asunto. El decía que yo era su único confidente. ¡Dios mío, qué aire de confesonario tendrá mi cara que tan a menudo encuentro gentes que me favorecen con sus confidencias!

Me encaminé hacia la casa de Luciano. Cuando llegué, hacía dos horas de ocurrido el suceso y estaba llena de curiosos, familiares y amigos. Muchos años hacía que no trasponía aquel umbral, desde que me dí cuenta de que Guadalupe sentía que le pisoteaban el corazón cuando los camaradas de su marido le mancillaban con sus pisadas el bruñido zaguán o desordenaban las sillas del escritorio.

Cuando entré, divisé a Lupe en el fondo de un corredor, dando órdenes entre sollozos, a una criada, para que fuera a pasar un trapo húmedo sobre

las baldosas llenas de barro por los pies de los que entraban y salían.

Quizá en esos momentos mis sentidos sufrían de hiperestesia, porque me molestaron los minutos de Lupe al venir a mí encuentro toda alharaquienta. Yo pensaba: te mueves como una vaca... Pero en una vaca no me molesta ese ritmo y en ti, mujerona, lo aborrezco.

—¿Qué le parece, Juan, lo que ha hecho Luciano?—exclamó con el rostro contraído por una mueca de pena. Y se puso a llorar recostada en la pared, con el rostro descubierto. La carne espesa de las mejillas le temblaba como si fuera en coche.

—¿Dónde está? — pregunté sin que me pasara por la imaginación la menor frase de consuelo, y me alejé.

Entré en el cuartito en que descansaba Luciano en una cama. La habitación estaba en una semioscuridad. Sobre un velador palpitaba la llama de una lamparilla de aceite y a su luz untuosa e inquieta fuí descubriendo la escena: de entre las sábanas emergía la cabezota del amigo, toda vendada. Por una de las mejillas resbalaba una lágrima sanguinolenta y en la blancura de las vendas se destacaban manchas de sangre.

¡Qué infinita lástima experimenté al mirar el cuerpo macizo delineándose bajo las ropas de la cama, y sobre todo, al ver la luz acentuar su inquietud sobre la barba y los bigotes grises cortados a la Richelieu!

Su hermana Teresa lloraba arrodillada a los pies de la cama y el murmullo de su lloro y el de la conversación en voz baja, que sostenían unas cuantas señoras diseminadas por la